



Durham: Duke University Press, 2011, 310 pages

Drinot, Paulo. *The Allure of Labor. Workers, Race and the Making of the Peruvian State*

Camille Boutron



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bifea/1361>

DOI: 10.4000/bifea.1361

ISSN: 2076-5827

Editor

Institut Français d'Études Andines

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2011

Paginación: 608-613

ISSN: 0303-7495

Referencia electrónica

Camille Boutron, « Drinot, Paulo. *The Allure of Labor. Workers, Race and the Making of the Peruvian State* », *Bulletin de l'Institut français d'études andines* [En línea], 40 (3) | 2011, Publicado el 01 junio 2012, consultado el 10 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bifea/1361> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bifea.1361>



Les contenus du *Bulletin de l'Institut français d'études andines* sont mis à disposition selon les termes de la licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

Drinot Paulo. *The Allure of Labor. Workers, Race and the Making of the Peruvian State*. Durham: Duke University Press, 2011, 310 pp.

The Allure of Labor aparece como una importante contribución a los estudios que han sido realizados sobre el racismo en el Perú, y de su rol en la constitución de relaciones sociales articuladas en una jerarquía basada en las dinámicas de exclusión y marginalización que caracterizan la sociedad peruana. Varios autores han tratado el tema desde diversas perspectivas, como lo ha hecho Bruce (2007), adoptando una posición más bien psicoanalítica, o Silva Santisteban (2008) cuando se enfoca más en la construcción cultural del racismo a través de lo que llama el proceso de «basurización simbólica». Como lo subrayó de la Cadena (2000), el racismo en la sociedad peruana aparece como un fenómeno hegemónico, institucionalizado, legítimo y normalizado. Por otra parte, las conclusiones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y los estudios que se han multiplicado sobre el conflicto armado interno que vivió el Perú en las décadas de 1980 y 1990 han impulsado nuevas formas de estudiar la organización de la sociedad peruana y las dinámicas de exclusión que la caracteriza. El libro de Drinot por su parte, permite adoptar una nueva perspectiva del papel que tuvo el racismo en la constitución del imaginario nacional peruano.

El estudio realizado por Drinot propone una reflexión sobre los orígenes del racismo a partir de los diferentes mecanismos que han sido usados para normalizarlo, en ese caso, el trabajo y la políticas laborales de las primeras décadas del siglo XX, enfocándose más particularmente en cómo dichas políticas pertenecen a

un proyecto más amplio de «modernización» de la sociedad. Drinot defiende la idea que esas políticas laborales reflejan, y a la vez modelan, asunciones que fueron el producto de una construcción y comprensión «racializadas» de la sociedad peruana. Defiende la idea, y logra demostrarla, que los estudios sobre la institucionalización del mundo laboral en el Perú en las primeras décadas de siglo XX representan una herramienta válida para interpretar la manera con la cual la noción de «raza» y el racismo han participado de la formación del Estado, causando desigualdades que todavía aparecen como significativas en el Perú de hoy. Drinot insiste particularmente sobre el hecho de que la promoción por el Estado y parte de las élites de la industrialización de la economía laboral peruana, sueño más bien incumplido, está estrechamente vinculada a una concepción específica de la «modernización» del país. En eso, Drinot afirma que las políticas laborales que analiza en su trabajo no son tanto parte de un proyecto económico sino de un proyecto cultural.

Con el fin de sostener su argumento, el autor se apoya en el análisis de cuatro agencias estatales creadas entre los años 1920 y 1930, cuyo propósito era implementar y desarrollar las políticas laborales adoptadas por el Estado en esa época. Se interesa primero en la implementación de la Sección de Trabajo, agencia inaugurada en 1919 y administrada por el entonces ministerio de Fomento. Esa agencia tenía por funciones la implementación de las políticas laborales, actuando supuestamente como un intermediario y negociador dentro de los conflictos oponiendo los obreros con los empresarios. Drinot la presenta como la culminación de un proceso iniciado al final del siglo 19, que plantea la cuestión de la esfera laboral como un fenómeno asociado a las ideas de «modernización» y de «civilización» del Perú. En otras palabras, Drinot muestra cómo la Sección de Trabajo puede ser estudiada como uno de los órganos estatales que promovieron y desarrollaron un proyecto de sociedad que tendió a excluir las poblaciones campesinas e indígenas, mientras que la Sección de Trabajo se presenta como una institución que tiene legitimidad para definir quien es un trabajador, y quien no lo es. Sin embargo no logró el consenso esperado, mientras que los empresarios y, de manera general, las élites, tendieron en oponerse a sus medidas, que consideraron injustificadas, yendo perdiendo gradualmente además el apoyo que había conseguido de los trabajadores en sus inicios. Sin embargo, esa agencia queda clave para entender las diferentes lógicas que participaron del diseño de las políticas laborales en el Perú, y sobre todo, de la «evacuación cultural» de lo indígena de las concepciones y de los proyectos de Estado y de construcción de la nación.

Los «barrios obreros», los «restaurantes populares» (que no se deben confundir con los «comedores populares» que surgen en los años 1970 en Lima) y la ley del Seguro Social de 1936, son las tres otras agencias estudiadas por Drinot. Mientras que en los años 1920, momento en que se instauró la Sección de Trabajo, se trataba más bien de incrementar la tecnicidad de la esfera laboral, en la década siguiente el desafío más bien es de «proteger el trabajo de las influencias perniciosas». De hecho, es en esa época que nacen partidos de izquierda como el APRA o el Partido Comunista Peruano, que reflejan el incremento de los movimientos sociales que surgen en este momento. Desde esa perspectiva, esas agencias aparecen como

aparatos cuyas funciones son, en parte, debilitar los «proyectos revolucionarios» que se han infiltrado en las clases obreras y trabajadoras. Sin embargo, Drinot insiste en el hecho de que no solo se trata de proyectos destinados a frenar la izquierda y canalizar las protestas sociales. Se trata igualmente de construir lo que el llama el «modelo justo del trabajador».

Los «barrios obreros» por entonces pertenecen a un proyecto más amplio de «civilización» y tienen por objetivo «domesticar» a los trabajadores llevándoles a adoptar valores y costumbres que han sido diseñados desde el Estado conformando a las políticas laborales que promovía y el manejo que pretendía ejercer sobre la esfera laboral. Con los «barrios obreros», se esperaba empujar a los trabajadores a formar un hogar estable y una familia, alejándoles de la militancia izquierdista. La construcción de los «barrios obreros» corresponde por entonces a un intento de controlar sectores sociales específicos a través del establecimiento de un aparato que permite un control espacial de los trabajadores. El proyecto sin embargo es un fracaso: los «barrios obreros» construidos no bastan para solucionar el problema de vivienda enfrentado por los trabajadores. Por otra parte, a pesar de que hayan sido construidos para ellos, son muy pocos los que pueden tener acceso a este tipo de alojamiento. De hecho, solo una pequeña minoridad de trabajadores han podido alojarse en los «barrios obreros». Drinot analiza el fracaso del proyecto en razón de que ha sido diseñado a partir de lógicas importadas y transnacionales que no logran adaptarse a la realidad en una ciudad en constante cambios como lo es la Lima de la época. El fracaso de los «barrios obreros» por entonces viene de la inconformidad que existe entre la imagen de «los trabajadores» tal como la construye el Estado, y las mutaciones efectivas de la sociedad peruana urbana. Drinot describe el fenómeno como una «ficción racista» que, una vez más, busca exaltar el trabajador como el agente de la redención física y moral del país y como agente de destrucción de lo indígena, percibido como sinónimo de retraso.

Si los «barrios obreros» sirven para «domesticar» al trabajador, los restaurantes populares tienen por objetivo alimentarlo y «educarlo», y como las otras agencias descritas por Drinot, aparece como un intento de «incorporarlo» a una visión más amplia de lo que se considera como «moderno». Por esa razón, los restaurantes populares también aparecen como aparatos de «domesticación», buscando luchar contra las «malas costumbres» alimentarias de los trabajadores peruanos. Son parte de este proyecto de «civilización» promovido por el Estado a través de su manejo de la esfera laboral y de los trabajadores. Drinot muestra cómo los restaurantes populares se implementan en un contexto en el cual existe un debate sobre las costumbres alimentarias de los peruanos. En este contexto, se trata más bien de la expresión de una fuerte xenofobia hacia la poblaciones migrantes asiáticas y de un racismo anti-asiático. Los comerciantes chinos en efecto son acusados de ser los responsables del incremento del precio de la carne mientras que los restaurantes asiáticos, donde va la mayoría de los trabajadores en razón del bajo costo que representan, son considerados por las élites como lugares infames donde se contraen enfermedades y no se respeta ninguna regla básica de higiene. El hecho de que esos restaurantes cuentan con una alta frecuentación no ha sido interpretado por las élites como la prueba de que

representan una importante contribución a la dieta popular y la alimentación de los sectores más pobres. Al contrario, su éxito es presentado como una amenaza a la salud de los trabajadores, y por entonces, al proyecto de «modernización» y «civilización» que simbolizan. Es importante subrayar por entonces que los restaurantes populares que se implementan en los años 1930 fueron a su vez el resultado de lógicas racializadas de poder y participaron de la construcción de esa imagen fantaseada del «trabajador» como sinónimo de progreso. Drinot los presenta como laboratorios sociales donde se podía constituir el trabajador «ideal», que no solamente se alimenta «correctamente» sino también que adopta valores y costumbres «civilizadas». Esas políticas funcionaron en parte. En efecto para Drinot, los restaurantes populares representaron una oportunidad para los trabajadores de desmarcarse de las poblaciones migrantes asiáticas, siendo espacios de construcción y reafirmación de diferencia racial. Sin embargo, esos restaurantes solo atendieron a una pequeña proporción de trabajadores, cuya mayoría seguía dependiendo de otras fuentes de alimentación, incluyendo los restaurantes asiáticos. Según Drinot, como los «barrios obreros», esos restaurantes populares más bien reflejaron una fantasía del Estado en su promoción del «buen trabajador» y expresaron antes que todo, otra vez, las ficciones racistas de las élites que se pueden observar igualmente en las otras agencias estudiadas por Drinot.

Como los «barrios obreros» o los restaurantes populares, la ley del Seguro Social implementada en 1936 ha sido generalmente interpretada como una manera de socavar las protestas sociales y las luchas llevadas por el APRA. También buscaba responder a las críticas dirigidas al Estado en cuanto al mantenimiento de los hospitales y las políticas de salud pública. Igualmente, Drinot insiste sobre el hecho de que, como en el caso de los «barrios obreros» y los restaurantes populares, la ley del Seguro Social no puede ser interpretada solamente como una estrategia para socavar la izquierda y ganarle en su propio terreno. De hecho, Drinot reafirma que también se debe observar esa ley como una forma de «tecnicidad de gobernación» que busca imponer una cierta concepción de la modernidad y por ende, de la nación tal como se busca en el Perú en esa época. Si su versión prima, la ley del Seguro Social obligaba a cada trabajador, hombre o mujer, que trabajaba por un empleador o como independiente ganando menos de 3000 soles por año a registrarse, sufrió algunos cambios en 1937 cuando los empleados domésticos ya no se vieron obligados a inscribirse. Con ese ejemplo Drinot muestra cómo la ley del Seguro Social puede ser por entonces interpretada en términos de género y raza. De hecho, los empleados domésticos son mayormente mujeres. Por otra parte, las poblaciones indígenas son excluidas del Seguro Social en la medida de que no están consideradas como incluidas en el grupo de «trabajadores». Tendrían primero que «entrar en la vida industrializada» para ser incorporadas al Seguro. En otras palabras, lo subraya Drinot, los indígenas tendrían una cobertura social cuando se vuelvan «trabajadores», lo que es interesante porque vemos ahí que la noción de trabajado está en este momento estrechamente vinculada a la mecanización. Es la exposición del trabajador a la mecanización que lo hace un trabajador «válido» según las concepciones desarrolladas por el Estado peruano en esa época. La idea de «proteger solamente los que son considerados como

productivos» empezó a cambiar muy progresivamente en la segunda parte del siglo XX, cuando se tomó poco a poco más en cuenta a las sociedades rurales. De hecho, Drinot subraya que en 1942, de los 500 000 trabajadores inscritos en el Seguro Social, cerca del 70 % de ellos trabajan en agricultura. El debate de la extensión de la seguridad social a las poblaciones indígenas no se dará sin embargo realmente antes de los años 1970 en el contexto del gobierno de Velasco. Eso muestra, nos dice Drinot, que la ley del Seguro Social refleja y contribuye a un proyecto más amplio de gobernabilidad en el cual las políticas laborales juegan un rol preponderante en tanto que han sido asociadas simbólicamente con las ideas de «progreso» y «modernidad», en el mismo tiempo que se multiplican movimientos de protesta social y que nacen partidos de izquierda.

De manera general, las cuatro agencias estudiadas por Drinot no han logrado alcanzar sus objetivos y representan fracasos, en la medida que correspondían más a una fantasía de los gobiernos que se sucedieron en esa época que a un proyecto social racional y duradero. Sin embargo, esas agencias han representado herramientas de gobernabilidad importantes. Primero, en términos racionales: el trabajo se volvió un «objeto» que pudo ser manejado, administrado, y sobre el cual se pudo por entonces intervenir. De ahí, esa gobernabilidad se analiza en términos «técnicos»: el trabajo pudo ser sometido a mecanismos físicos y simbólicos que permitieron hacer de ello, a su vez, un agente de gobernabilidad. La elección de esas cuatro agencias permite entender además precisamente cuáles fueron las dinámicas de «racialización» de la sociedad peruana en una época clave de su historia: en las primeras décadas del siglo veinte, después del fracaso de la guerra del Pacífico y de la caída de la «república aristocrática» y la llegada de Leguía al poder. Sin embargo, Drinot sabe perfectamente vincular este periodo con la situación actual en el Perú, evocando la postura de Alan García con las poblaciones indígenas acusados de socavar la revolución neoliberal. Centrándose en las políticas liberales desarrolladas por el Estado peruano en las primeras décadas del siglo XX, Drinot logra esclarecer los diversos mecanismos de «racialización» de la sociedad peruana, demostrando el hecho de que el «Estado laboral» que se quiso promocionar en esa época era, altamente, racista. Ese racismo se traduce por una oposición sistemática entre lo «indígena» y el «progreso».

El libro de Drinot aparece como una tentativa, exitosa, de analizar y entender las raíces de esa oposición que aparece como un fundamento dramático de la sociedad peruana. Pero no solo se trata de una exclusión sistematizada, sino también de la construcción y de la reproducción de un imaginario nacional consagrado al fracaso. Drinot adopta en todo su estudio un enfoque interseccional muy interesante que enriquece considerablemente su análisis. De hecho, también toma en cuenta la dimensión de género y de cómo las políticas laborales así buscaron construir una cierta imagen del trabajador que podía corresponder con el ideal patriótico que se estaban intentando difundir. Y el trabajador es un hombre, obviamente. Sin embargo, esas políticas no solo van a privilegiar a la mano de obra masculina, también van a «fabricar» esa mano de obra, de la misma manera como se «fabrica» el país a través de este trabajador modelo, sinónimo de modernización y progreso. La dimensión de género, que Drinot introduce en cada uno de sus capítulos,

aparece por entonces clave para entender de qué forma interviene el racismo en la fábrica de una identidad nacional que más se inspira de modelos exteriores que de su realidad nacional. La idealización de un «Perú moderno» que promueve los diversos gobiernos que se han sucedido en las primeras décadas del siglo XX aparece más que todo como un modelo importado y sin correspondencia con las características efectivas de los diversos sectores sociales componiendo el país.

Las continuidades que se pueden observar entre esa época y la que nos toca vivir en el presente son abrumadoras. Si bien parece que haya empezado una progresiva aceptación de lo «indígena» como elemento de identidad nacional, como se puede observar, por ejemplo, en el cuadro de las políticas de promoción internacional de la gastronomía peruana, son todavía élites blancas y varoniles que detienen el poder de decidir de qué manera y para qué propósito esa inclusión se tendrá que realizar. Drinot presenta el trabajo, y más precisamente el manejo político de este último como un instrumento de control social. Explica el racismo fundamental que caracteriza la sociedad peruana por el antagonismo creado entre lo «indígena» y la idea de progreso. Pero a la lectura de los análisis que hace de las cuatro agencias encargadas de manejar las políticas laborales en las primeras décadas del siglo XX, podemos darnos cuenta que es más: la fabricación del trabajador modelo significa en realidad una domesticación de cuerpos que pasa por la instrumentalización de identidades sexuales o étnicas específicas. Desde esa perspectiva, *The Allure of Labor*, va mucho más allá de una simple explicación de los mecanismos que han sido utilizados para «racializar» el trabajo en el Perú, y por consecuente definir las clases sociales. También aparece como un libro fundamental para entender las lógicas que modelan las relaciones de poder y dominación en la sociedad peruana, de ayer y de hoy.

Referencias citadas

- BRUCE, J., 2007 – *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*, 145 pp.; Lima: Fondo Editorial de la Universidad San Martín de Porres.
- De la CADENA, M., 2000 – *Indigenous and mestizos: the politics of race and culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*, 424 pp.; Durham: Duke University Press.
- SILVA SANTISTEBAN, R., 2008 – *El factor asco. Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo*, 195 pp.; Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.

Camille BOUTRON